

## VASO DE LA EDAD DEL BRONCE DE PARDOLLÁN (VALDEORRAS)

El vaso encontrado recientemente en una cueva del lugar de Pardollán, en el ayuntamiento de Rubiá de Valdeorras (Ourense), en la cara oriental de la *Serra da Enciña da Lastra*, se contextualiza arqueológicamente en la ocupación de las cuevas cársticas de las sierras orientales de Galicia durante la Edad del Bronce, y su recuperación e ingreso en el Museo se deben al grupo de espeleología “Águilas Verdes”. Estamos, como en tantas ocasiones, ante un hallazgo fortuito, aunque valioso por haber sido recuperado para nuestro patrimonio arqueológico, pero no resultó de una intervención arqueológica con la metodología que nos permitiría conocer mejor el contexto preciso del vaso -estrato, estructuras, relación con otros materiales o con material orgánico-... Contexto que nos permitiría conocer e interpretar las causas de su deposición en lo que parece era un rincón de la cueva. Sin embargo, el hecho nada frecuente de aparecer entero y la caracterización tanto técnica como formal que esa condición permite, nos ofrece elementos suficientes para poder llevar a cabo su identificación e incluso una primera interpretación de su posible función y significado.

Se trata de un recipiente cerámico, con unas dimensiones de 14,7 cm de altura y 9 cm de diámetro de boca, hecho a mano con una forma muy definida y nada simple, al tiempo que de consecución deficiente, que podríamos identificar como jarra, dado su tamaño y la presencia de un asa, aunque la forma siga recordando a los vasos. Esa indefinición es en parte resultado de una morfología compleja. Morfología que implica, en primer término, dos partes bien diferenciadas que tienen su difícil ensamblaje en una acusada línea de carenado hacia la mitad de la altura del vaso. La mitad inferior combina deficientemente el carácter esferoidal de la base del cacharro con un cuerpo tendente a cilíndrico, mientras que la superior se define en una amplia concavidad, formada por la parte superior del cuerpo, el cuello y el borde, donde de nuevo la línea de la evolución de las paredes es muy discontinua: la parte alta del cuerpo, inmediata a la carena se funde y retrae hacia el interior, para rematar en un cuello con una disposición inversa e incluso con un ligero abombamiento en su arranque; finalmente, el borde prosigue el exvasado del cuello hasta su remate en un labio plano. Una forma, en fin, mucho más compleja de lo que aparenta y con una consecución irregular, a la que tenemos que añadir un asa de sección plana que va desde la carena al cuello, sin llegar, como es más

común, al remate superior del vaso. Las superficies son lisas, aparentemente sin decoración, pero el acabado es cuidado: superficies pulidas y brillantes, aunque en buena medida hoy alteradas por el paso del tiempo.

Esa aparente falta de decoración tiene una posible matización en la propia complejidad formal del vaso, pues esos cambios continuos y acusados en la evolución de su contorno reflejan un juego de planos que no es ajeno a cierta búsqueda estética que gira alrededor del volumen. En ese concepto plástico de la decoración puede entenderse el leve abombamiento en el cuello, pero, sobre todo, el remate superior del asa con unas expansiones laterales que remataban en una especie de pequeños abultamientos apuntados. Unas características que particularizan este recipiente dentro de lo que conocemos para la Edad del Bronce en el Noroeste, aunque los rasgos técnicos -arcillas, cocción, modelado...- no dejan dudas sobre su correspondencia con esa etapa. Y más concretamente un grupo de recipientes apenas conocidos que se pueden definir como jarras bitroncocónicas, con carena media más o menos acusada, pero siempre señalada, pequeña asa vertical en la parte media del cuerpo y paredes lisas de acabados cuidados.

La datación de ese grupo o tipo cerámico está aún por precisar, pero sabemos que aparece no sólo en cuevas y abrigos, también en depósitos funerarios, bien en cistas, bien en túmulos, en ocasiones acompañando a otro tipo muy característico de la cultura de la Edad del Bronce del Noroeste, como es el llamado “vaso de borde revirado”. Características y contextos que sitúan a la jarra de Pardollán y a sus semejantes después del abandono o transformación de los trazos propios de la cerámica campaniforme, aunque en esta pieza aun parecen existir reminiscencias de esa alfarería en el modelado y en especial en el aspecto externo, pero esa conexión ya no es directa sino que se vehicula a través de recipientes lisos derivados de la alfarería campaniforme e inmediatamente posteriores a ella, en un tránsito que podríamos situar en momentos avanzados de la primera mitad del II milenio antes de Cristo (ca. 1800-1600 B.C.). El grupo o tipo de jarras como la de Pardollán perduraran hasta la consolidación de los complejos cerámicos de finales de la Edad del Bronce, en una etapa que podemos situar, grosso modo, en la segunda mitad del II milenio antes de Cristo (ca. 1600-1100 BC.). Etapa en la que asistimos en el Noroeste a una reocupación de cuevas en la parte oriental, como es el caso que tratamos y otras de su entorno inmediato, o abrigos bajo la pedrera

granítica en buena parte del resto del territorio, caso de *O Folón* (Vigo) o *A Cunchosa* (Cangas) en la costa, o *Monte Mesego* (Carballiño) en el interior.

Aun hay otra posible relación de la jarra de Pardollán que insiste en su inclusión dentro de la alfarería de la Edad del Bronce y que, quizás, permite entender también su peculiar morfología. Estamos pensando en la vajilla metálica de esta etapa, que tiene en Galicia una de las mejores expresiones en los vasos del tesoro de *Caldas de Reis*. En ellos encontramos la complejidad formal de un cuerpo que se articula en partes bien diferenciadas en el caso de la pequeña jarrita de ese conjunto, las bases esféricas e incluso la presencia de una carena también a media altura en los vasos, y, finalmente, las pequeñas asas de sección plana también a media altura en todos ellos. Los vasos de Caldas, aun siendo los más próximos geográficamente, no agotan las referencias en Pardollán a la vajilla metálica, pues algunos de los atributos del vaso orensano apuntan también a la vajilla de oro y plata, o incluso de ámbar, de expresiones culturales de la Edad del Bronce Inicial del sur de Inglaterra (cultura de Wessex), de la Bretaña (cultura de los Túmulos Armoricanos) o de la cuenca del Bajo Rhin (cultura de Adlerberg). Los fondos curvos, la presencia de una fuerte carena que divide el recipiente en dos partes totalmente diferenciadas, las asas en cinta o la presencia de decoración plástica, aunque en Pardollán apenas esbozada, son las principales coincidencias, y los mejores ejemplos son: Ringlemere en Inglaterra, Fritzdorf en el Bajo Rhin o Saint-Adrien en la Bretaña francesa. Este último vaso ayuda a entender lo acusado de la carena: el recipiente está hecho en dos partes separadas, una superior con el cuello y borde, y otra inferior con la base y el cuerpo, respectivamente, con difícil y a veces deficiente encaje entre sí, lo que convierte un vaso de perfiles suaves en otro con una línea de inflexión muy marcada en la parte media del mismo, de ahí que su traslado a la cerámica derive en una línea de carena muy acentuada, aun más por ser fruto del encuentro de dos partes de morfología diferenciada e incluso contrapuesta.

Esa interpretación de Pardollán como un esqueuomorfo de un recipiente metálico, o cuando menos de un derivado en cerámica del mismo, puede explicar también las superficies pulidas y brillantes, así como su escaso peso, sobre todo en relación a sus dimensiones. Yendo más allá, ese vínculo con las vajillas metálicas, hechas en oro o plata y pensadas para funciones muy específicas y destacadas dentro del

ámbito de lo ideológico de las sociedades que las producen o adquieren, hace de Pardollán y los recipientes tipológicamente afines, piezas con una especial significación, en sustitución o representación de otras de difícil adquisición, como eran esas en las que el material con el que estaban hechas le otorgaba un especial valor y condición. Ese especial significado puede explicar la presencia de los vasos/jarras tipo Pardollán en depósitos cerrados que facilitaron su conservación, con un carácter ritual, como sería el propio encondrijo en cuevas/abrigos o la inclusión en ámbitos funerarios. El vaso de Pardollán nos habla, pues, de la presencia y de la importancia de las vajillas de metal en la Edad del Bronce, aunque por razones obvias -valor intrínseco y posibilidad de reciclaje de la materia en la que estaban hechas- no se conserven muchos ejemplares. También del uso de cuevas y abrigos con fines rituales que están por definir, sin que podamos rechazar los de carácter funerario: la aparición cada vez más frecuente de vasos enteros y su localización, a veces, en rincones inaccesibles, no debe de ser casual; motivación o motivaciones rituales en las que podrían también participar algunos instrumentos metálicos coetáneos hallados en esos contextos o en otros semejantes. Nos habla, en fin, de la especificidad cultural y la creatividad de los grupos que ocuparon el territorio gallego en la plenitud de la Edad del Bronce, a mediados del II milenio antes de Cristo (1660-1400 B.C.).